

ATLAS NOVELADO
DE LOS VOLCANES
DE ISLANDIA

Leonardo Piccione

ATLAS NOVELADO
DE LOS VOLCANES
DE ISLANDIA

Historias de hombres, fuego y fugacidad

Traducción de Natalia Zarco

Nørdicalibros

Título original:

Il libro dei vulcani d'Islanda

Esta obra ha sido traducida con la ayuda del
Centro per il libro e la lettura del Ministerio de Cultura italiano



© Iperborea, 2019

[All rights reserved]

© De esta edición: **Nórdica Libros S. L.**

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57

info@nordicalibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-19735-69-0

Depósito Legal: M-29825-2023

IBIC: WTR

Thema: WTR

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

(Alcobendas)



Maquetación: **Diego Moreno**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra** y **Ana Patrón**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mamá, a papá,
y a todos los viajes aplazados*

Pronunciación de los caracteres especiales: Ð, ð: como la *th* inglesa en «this» y «that»; Þ, þ: como la *th* inglesa en «teeth»; Æ, æ: *ai*.

PRÓLOGO

Islandia es una enfermedad, me advirtió Arnór señalándose la sien con el índice izquierdo. Era un hombre de muchos centímetros y todavía más kilos, una mata desordenada de pelo ornaba la bola irregular que era su cabeza. Tenía la mirada huidiza, nublada por un velo de melancolía, pero concluir que era una mirada triste simplificaría demasiado la verdad. Con la mano derecha estaba ocupado en ahuyentar a un fulmar que tenía toda la pinta de querer quitarle el vaso de cartón, que aún contenía un sorbo de café.

Según se acercaban las rocas negras de la isla de Heimaey, los pájaros más veían al Herjólfur, nuestra barcaza, como una especie de parque de atracciones, un escollo móvil y, por alguna razón, atractivo, con bípedos ateridos ocupando la cubierta brillante. En el cielo las nubes estaban tan altas que interceptaban la luz del sol desde más allá del horizonte. Sus contornos brillaban de coral y de impaciencia.¹

Islandia es una enfermedad, dice Arnór para justificar su vuelta cada año, puntualísimo, en la segunda semana de marzo, cuando el invierno aún no considera seriamente la posibilidad de acabarse, pero los ríos ya están casi todos descongelados y los salmones son abundantes. Una semana de pesca en la costa meridional y luego otra en Heimaey, en la casita azul de siempre, no muy lejos del puerto. Esas son las vacaciones de Arnór desde hace cuarenta años: interrumpe sus trabajillos ocasionales en los puertos de media Europa —y su también ocasional relación con la dueña de un restaurante de Vilna— y se viene a por «una dosis de Islandia», como lo llama él.

¹ Se trata de un fenómeno atmosférico conocido como «nubes madreperla», visible por lo general en invierno en las regiones polares: las nubes, congeladas por el frío y la altitud extremos, reflejan la luz con colores brillantes e inusuales. (*Todas las notas son del autor salvo que se indique otra cosa*).

Mientras el Herjólfur se adentraba en el pequeño puerto con su potente sirena, de los muelles manaba un intenso olor a arenques. Los islandeses de hace medio siglo lo llamaban «el perfume del dinero». Aquí, el pescado aparece incluso en la moneda: merluzas, delfines, capelanes, cangrejos y lumpos. Actualmente ya no; hoy es la metalurgia y el turismo lo que produce el dinero, las viejas fábricas de sardinas en lata se han convertido en hoteles, en el mejor de los casos en museos. Vestmannaeyjabær —ese es el nombre del municipio ubicado en la isla de Heimaey— es un simpático anacronismo que prospera todavía gracias a la generosidad del océano, contribuyendo él solo con la décima parte de las exportaciones de pescado de toda Islandia.

No había ni un alma esperando nuestro desembarco en la isla. Incluso el poderoso viento del norte había sugerido al personal del supermercado Bónus retirar las banderas con el logotipo de la cadena, una hucha con forma de cerdito sonriente. Las cuerdas metálicas, inservibles viudas de las banderolas, golpeaban inútilmente contra los postes, y solo el volcán Eldfell presenciaba sus discretos lamentos. Fue entonces cuando le confesé a Arnór que lo comprendía: pocas veces me había sentido tan atraído por un sitio que no fuese mi casa. En aquella suprema desolación me sentía, sorprendentemente, muy a gusto. Quizá estaba enfermando también yo.²



Creo que el amor —y aquí el escritor romántico diría: ¿qué es el amor sino la más incurable de las enfermedades?—, el amor, digo, que uno puede sentir durante la exploración de un lugar como Islandia, creo que linda con dos sentimientos en particular: la soledad y el miedo. Pero si experimentar la soledad en Islandia es algo inevitable (en un país tan grande como Corea del Sur —50 millones de habitantes— viven apenas 370.000 personas: incluso en julio, el mes preferido por los turistas, no es infrecuente encontrarse conduciendo durante kilómetros y kilómetros por carreteras completamente desiertas), el miedo, en cambio, no es para todos.

² Y no sería ni la primera ni la segunda víctima de tal epidemia. Ya a finales del siglo XIX Richard Francis Burton, explorador y literato británico que hablaba veintinueve idiomas y conocía todas las culturas del mundo, se refirió en el prólogo de su diario de viaje a Islandia a una extraña patología que tendía a afectar a los visitantes de la isla atlántica. La llamó «Iceland on the brain».

Arnór estaba convencido de esto: la mayor parte de los turistas que abarrotan la isla tienden a pertenecer a la poco agradable categoría de los *Blue Lagoon travellers*. Los «viajeros del Blue Lagoon» (del nombre de la atracción turística número uno del país, el inmenso balneario al aire libre, no muy lejos del aeropuerto internacional de Keflavík) se quedan en Islandia una media de ocho días, atiborran su perfil de Instagram de fotos que les dan envidia a todos sus *followers* y, al volver a casa, declaran que se han dejado el corazón en aquella tierra de hielo y fuego. La mayoría de las veces añaden con orgullo que se han encontrado a sí mismos.

«Sin embargo, aquí te pierdes y punto», sentenció Arnór escupiendo una papilla de saliva y tabaco en la jovencísima tierra roja de Heimaey. La erupción del Eldfell de 1973 amplió una quinta parte la extensión de la isla más grande del archipiélago de las Vestmann; en el campo de lava se han excavado carreteras y senderos peatonales. Después de que un automovilista con bastante prisa se nos cruzara —a saber dónde creía que iba, en total la isla tiene seis kilómetros—, nos aventuramos por uno de esos senderos. En el pueblo, entretanto, se había empezado a hablar de mí: se había corrido la noticia de que había un turista de excursión por la isla. Un turista. En invierno. En Heimaey.

«La cuestión —continuó Arnór— es que si tienes según qué heridas Islandia no hace absolutamente nada para curártelas. De ser posible, las abre aún más. Hace que se pudran».

Los horizontes sin fin de la isla, carentes de árboles que ofrezcan refugio a la amistad y a la inocencia,³ generan una sensación de vacío en la que el observador experimenta una objetiva dificultad para tomar medidas. Es una condición que aniquila y al mismo tiempo te propone una solución inesperada: en medio de esta nada, o te conviertes también tú en parte de la nada o te arriesgas a serlo todo.

³ «En ninguna parte se ve ni un solo árbol que pueda ofrecer refugio a la amistad y a la inocencia», escribió el cura sueco Uno von Troil en *Letters on Iceland* (1780). La casi total ausencia de árboles en el paisaje islandés está relacionada con muchos factores. Se sabe por diversas fuentes que la isla descubierta por los vikingos estaba en realidad cubierta de bosques «de la montaña al mar», y los restos fósiles confirman que hace mil doscientos años Islandia estaba cubierta de vegetación en un 25-40 % de su superficie. La necesidad masiva de leña y de pastos por parte de los colonizadores redujo drásticamente la presencia de árboles, provocando una progresiva erosión del suelo. También los gases nocivos de las frecuentes erupciones volcánicas jugaron un papel decisivo en la prácticamente total desaparición de los bosques. Actualmente están vigentes en toda la isla numerosos planes de reforestación, con resultados no demasiado esperanzadores.

La extrema imprevisibilidad de las condiciones atmosféricas, además, reduce al hombre a una obediencia sorprendente: Islandia te educa en el aplazamiento y en el cambio de planes, lanza a la cara de sus habitantes la materialidad de la variable «tiempo». Aquí, las horas se pueden tocar, los días, olerse.

Sobre todo, en Islandia la naturaleza está dotada de una vitalidad aterradora. Geológicamente hablando, la isla es el residuo de una guerra entre los elementos que en buena parte del planeta parece inactiva desde hace decenas de miles de años, pero que en los alrededores del círculo polar ártico está en pleno desarrollo. Precisamente de esta guerra Giacomo Leopardi, en el culmen de su pesimismo, decidió que su «pobre islandés» huyera: en *Dialogo della natura e di un islandese* el hombre le pregunta a la naturaleza las razones del sufrimiento y suspira por la vida infelícísima del universo; luego, en plena conversación, acaba devorado por dos leones hambrientos.



Pasear por encima de la lava vomitada por el Eldfell apenas cuarenta años antes me parece como hurgar en la costra de una rodilla pelada. De pequeño lo hacía siempre. Arrancaba la costra y entonces había dos posibilidades: la herida se había cerrado ya y en su lugar había un pedazo de piel nueva, totalmente lisa; o bien el arañazo se reabría con una nueva y dolorosa pérdida de sangre, y el proceso volvía a empezar.

Con los volcanes funciona más o menos de la misma manera. Los volcanes son la manifestación más evidente de las inquietudes del universo.

Los pueblos primitivos del planeta han creído durante siglos que esas extrañas montañas estaban habitadas por dioses caprichosos, cuya ira solo era aplacable en algunos casos gracias a sacrificios. Mayas, aztecas e incas ofrecían regularmente vidas humanas a los dioses del fuego. Los habitantes de las aldeas a los pies del Cosigüina, en Nicaragua, han creído durante mucho tiempo que cada veinticinco años era necesario arrojar a un niño o a una joven al cráter del volcán para tenerlo contento. Los pueblos de África Central sacrificaban periódicamente a diez de sus mejores guerreros al cruel dios Nyudadagora, el guardián del volcán Nyiragongo; mientras que aquellos que vivían en las laderas del monte Camerún solían atar a los albinos vivos a estacas clavadas al suelo, como espetos, en

los cauces de las coladas de lava. Los volcanes japoneses, en cambio, estaban habitados por los «oni», ogros rojos y cornudos con predilección por el lanzamiento de piedras en llamas. En la tradición oral de las tribus indias de Oregón está todavía viva la leyenda makalak de la impetuosa batalla entre Liao, el amo del Mundo de Abajo, y Skell, el amo del Mundo de Arriba, que causó la explosión del monte Mazama y la consiguiente formación del famoso Crater Lake. Los maoríes neozelandeses interpretan las erupciones del Taranaki como explosiones de celos del monte, irritado por el interés de otra colina por una cercana y amada montaña. En la isla de Java, el monte Bromo suele homenajearse con gallinas vivas una vez al año; así como guirnaldas y pescado son ofrecidos a los volcanes de las islas de Hawái, custodios del espíritu de la diosa Pelé.

No muy distinta es la historia en Europa. El mito griego de la Atlántida está verosímilmente vinculado al recuerdo de la desastrosa erupción de Santorini en el 1630 a. C., que se cree que fue el principio de la desaparición de la civilización minoica. Las frecuentes erupciones del Etna los griegos las asociaban al forcejeo de Tifón, el titán rebelde encarcelado por Zeus bajo el monte sículo: su carcelero era Hefesto, que los romanos transformarían en Vulcano. También las entrañas del Vesubio se atribuyeron a un ser mitológico (eran la residencia del gigante Mimas), de manera que Apolonio de Tiana en el siglo I d. C. observó que «hay muchas otras montañas de fuego en la tierra: no acabaríamos nunca si tuviéramos que asignarle a cada una de ellas un gigante o un dios». Ilustres pensadores trataron entonces de interrogarse más racionalmente sobre los motivos de tanta agitación subterránea: Lucrecio, inspirándose en el pensamiento de Anaxágoras, Aristóteles y Teofrasto, asoció las erupciones volcánicas a los vientos de fuego dentro de la cavernosidad de la Tierra; en sus *Naturales questiones* Séneca introduce en cambio la posibilidad de que en el centro del planeta ardieran grandes cantidades de azufre y otros combustibles.

En la Edad Media volvió a atribuirse una connotación sobrenatural a los monstruos de fuego. Destaca en el año 1500 el relato islandés del físico alemán Caspar Peucer: «Del abismo sin fondo del Hekla ascienden gritos melancólicos y sonoros lamentos, y se escuchan desde muchísimas millas de distancia. Cada vez que en el mundo se libra alguna batalla o se produce un derramamiento de sangre, de la montaña llegan alaridos, llantos y rechinar de dientes».

Alejándose del medievo y acercándose al Romanticismo, los volcanes se asentaron en el papel en el que los reconocemos todavía hoy: gigantescos centinelas de nuestra caducidad, pruebas macroscópicas de la indiferencia de la naturaleza respecto a la humanidad y de la insensatez de algunas de nuestras pretensiones. En el documental *Dentro del volcán* (2016) Werner Herzog sintetizó así el concepto: «Los volcanes nos recuerdan que el suelo por el que caminamos no es eterno. No hay eternidad en lo que hacemos, en los esfuerzos de los seres humanos, en el arte, en la ciencia. Es una gran suerte que los volcanes existan».



Además del Eldfell y el Hekla en Islandia hay otros treinta sistemas volcánicos activos, de todas las tipologías conocidas: la isla es una especie de pavo relleno de nitroglicerina.⁴ Se han documentado casi ciento cincuenta erupciones desde la llegada de los vikingos en el siglo IX hasta hoy, pero la vital reputación de Islandia precede con mucho la época de la colonización. Ya los monjes irlandeses conducidos por san Brandano —que cuatrocientos años antes de los noruegos se aventuraron en las procelosas aguas del Atlántico septentrional en busca de la «tierra prometida de los santos», siguiendo el vuelo de los pájaros migratorios, los únicos seres vivos conocedores desde hace milenios de la existencia de Islandia— describieron la isla como un «globo de fuego», y su mar, «burbujeante como un caldero». En un diario de a bordo dibujaron una alta montaña con piedras y *lapilli*⁵ rodando por las laderas. El monje Dicuil, en la primera referencia a Islandia de la historia de la literatura, llamó a esta tierra con el mítico apelativo de «Thule».

En realidad, a tenor de las ilustraciones y de las narraciones de los primeros exploradores, muchas de las erupciones islandesas no se producen en los fotogénicos conos, sino en fisuras abiertas —por lo general sin preaviso— en el mismo terreno. Más que la majestuosidad de las montañas, algunos volcanes islandeses poseen la crudeza de las heridas abiertas. Y si los coágulos que se forman en la piel después de una contusión son la prueba de la vitalidad de un organismo

⁴ William Pène du Bois usa esa comparación en el libro juvenil *The Twenty-One Balloons*, específicamente referida a la isla de Krakatoa, en Indonesia.

⁵ Del latín *lapillus*. Pequeños fragmentos de lava arrojados por los volcanes. (*N. de la T.*)

capaz de autoregenerarse, Islandia, demacrada a lo largo y ancho, es una jovencita muy revoltosa. Un trasto.

Las rocas islandesas más antiguas se remontan *apenas* a entre quince y veinticinco millones de años atrás: si se condensa la historia geológica de nuestro planeta en un año solar, Islandia haría su aparición en la medianoche del 30 de diciembre, o sea, después de que las placas tectónicas norteamericana y euroasiática hubieran empezado a alejarse la una de la otra dando lugar al Atlántico septentrional. Las erupciones islandesas se producen exactamente a lo largo de esa fractura: allí es donde se produce la tierra nueva, y es así como la isla continúa creciendo, una media de dos centímetros al año, de suroeste a nordeste, adoptando la forma que más conviene a los elementos.

Por si fuera poco, Islandia está además ubicada sobre un «punto caliente», es decir, sobre el ápice de un penacho de roca incandescente que asciende desde las profundidades de la corteza terrestre, acelerando después los procesos volcánicos en la superficie.⁶ Es por esa extraordinaria combinación de fuerzas geológicas por lo que un día no muy lejano en el tiempo Islandia consiguió emerger del mar, un trozo de dorsal oceánica convertido en tierra firme.⁷ Esta isla existe —y hoy es posible visitarla y habitarla— porque se han dado todas las condiciones necesarias para que saliera a la luz.

En definitiva, Islandia es un experimento en primer lugar natural y después humano.

El expresidente islandés Ólafur Ragnar Grímsson escribió una vez que «el Antiguo Testamento nos ha enseñado que Dios creó el mundo en seis días y después descansó, pero no es del todo cierto: cuando fue a descansar, se había olvidado de Islandia».

Es decir: una parte consistente de la enfermedad que Arnór me explicó que era Islandia para algunos hombres está íntimamente ligada a la fascinación por los procesos que modifican el suelo islandés

⁶ Las islas Hawái son otro ejemplo de territorio ubicado sobre un punto caliente.

⁷ Recientes investigaciones sugieren que técnicamente Islandia no «emergió» del océano, sino que inicialmente era parte de un puente de tierra que unía las costas de Groenlandia con las de Europa septentrional. La concomitancia del movimiento de las placas tectónicas y de la actividad del punto caliente, a partir de hace unos veinticinco millones de años, habría causado la expansión de ese trozo de tierra y su posterior transformación en isla (entre seis y diez millones de años atrás, después del hundimiento de los dos extremos del puente en el océano). Esta acreditada teoría está muy bien explicada en el libro *Exploring Iceland's Geology*, de Snæbjörn Guðmundsson.

en el mismo momento en el que se pisa. La isla entera es un aquí y ahora geológico y existencial al mismo tiempo. En Islandia se descubre que no existe nada verdaderamente inmutable. Ni siquiera los nombres de las personas.⁸



Atlas novelado de los volcanes de Islandia nace como una recopilación de acontecimientos sucedidos cerca de (o a causa de) volcanes y exvolcanes islandeses. Está organizado en cuatro apartados correspondientes a las cuatro zonas geológicamente más activas del país, en un viaje que parte del área de la capital y llega hasta las regiones más remotas del interior. El primer apartado comprende el territorio alrededor de Reikiavik y las penínsulas de Snæfellsnes y de Reykjanes; el segundo y el tercero recorren de sur a norte la dorsal media atlántica,⁹ con tres excursiones a los fiordos orientales. El cuarto apartado, finalmente, atraviesa la aspereza de los desiertos de lava del interior.

Cada volcán viene presentado con una ficha que contiene: el significado del nombre, altitud, última erupción, tipo de erupción dominante, actividad actual y riesgos relacionados con una nueva erupción. Los cuarenta y siete relatos, sin embargo, comprenden hechos de crónicas y de leyendas, visiones e inspiraciones vinculadas a eventos del pasado, del presente y también del futuro, desde el momento en que los volcanes islandeses empezaron a interferir en las vidas de generaciones enteras y del hombre como individuo, y si algo está claro es que continuarán haciéndolo. Como afirmó la antropóloga Kirsten Hastrup: «En Islandia la naturaleza está exorcizada y la historia naturalizada, y los movimientos de la naturaleza se han elevado al rango de Historia».

Algunas historias son bastante concisas mientras que otras son más ricas y detalladas por el simple hecho de que algunos volcanes han erupcionado más a menudo y más recientemente que otros, y junto con la masa rocosa ha aumentado también su herencia narrativa, la cantidad de acontecimientos y personajes que han sacado a la superficie. Siempre a causa de la naturaleza voluble de los sujetos que

⁸ La gramática islandesa prevé que los nombres propios, como todos los sustantivos, se declinan según los casos (nominativo, acusativo, dativo y genitivo).

⁹ Nombre científico de la grieta de la corteza terrestre sobre la que surge Islandia.

han inspirado el libro, creo oportuno anticipar que muchas nociones geológicas están destinadas a una inevitable obsolescencia, aunque no podamos saber si eso ocurrirá dentro de un mes o dentro de algunos miles de años.

Para cada relato, finalmente, se propone al final del libro una recopilación de notas que tratan de ampliar el horizonte y añadir un carácter de investigación. Una «cámara magmática», como se me ha ocurrido llamarla, un depósito de citas y referencias desde donde se originan las *erupciones*, es decir, las historias.

Este libro, por tanto, no es un diario de viaje, sobre todo porque diarios de viajes por Islandia existen muchísimos, y no solo de hoy.¹⁰ En todo caso, no es el diario de *mi* viaje. En algunos relatos hablo de encuentros y conversaciones que he vivido —a menudo, los he reelaborado— personalmente, pero por lo general cuento cosas que han vivido otros.

La recopilación no tiene siquiera la ambición de ser un ensayo geológico, ni una guía turística.

En el origen de *Atlas novelado de los volcanes de Islandia* está el deseo de contar por el mero gusto de hacerlo. Lo que por otra parte es una necesidad muy islandesa: según la estadística, en Islandia un ciudadano de cada diez publica al menos un libro a lo largo de su vida, y existe un famoso proverbio local que dice así «*Blindur er bókarlaus maður*»: Ciego es el hombre sin libros.

El escritor Hallgrímur Helgason propone una explicación muy clara para esta peculiar sobreabundancia de inventiva: «Aquí, cada diez años más o menos, aparece una nueva montaña o un nuevo campo de lava al que toca buscarle un nombre —dijo en una reciente entrevista—. Es el país mismo el que nos hace creativos».¹¹

Cualquiera que visite el centro de Reikiavik no puede evitar percibir la ausencia de grandes obras de arte, de castillos o palacios históricos, comunes en todas las capitales del resto de Europa. Por esta razón la historia islandesa ha sido confiada en buena parte a las palabras: el patrimonio literario es el monumento nacional de Islandia, su legado cultural al mundo.

¹⁰ El geólogo Karl Grossmann ya en 1894 observó: «Casi parece que una visita a Islandia tenga necesariamente que venir seguida de un más o menos violento ataque de *furor scribendi*».

¹¹ En su *Le livre des îles*, Frank Lestringant, profesor de Literatura Francesa en la Sorbona, expresó un concepto afín: «El espacio —concretamente la topografía— es un modo de pensar. El postulado fundamental es que la forma de la tierra influye en la de la literatura».

Transmitir historias de todo tipo ha sido el pasatiempo preferido de los islandeses desde siempre —o al menos desde que dejaron de desahogar su hiperactividad haciéndose la guerra entre ellos—. Antes incluso del ajedrez, y mucho antes del balonmano y el fútbol, los descendientes de los vikingos consagraron sus infinitas noches invernales a las sagas, durante siglos.¹²

La misma supervivencia de la raza humana en un lugar inhóspito como Islandia constituye para algunos estudiosos un misterio, un prodigio difícilmente explicable sin la aportación de la literatura, la única actividad cultural que se ha practicado constantemente en la isla desde la época de la colonización hasta hoy. Contar significa sobrevivir y reproducirse, resistir y eternizarse. Poder ejercitar la misma lengua de los colonizadores es para los islandeses de hoy la forma de mantener vivo aquel milagro, de conectarse entre ellos, con la propia tierra y la propia memoria.

Ahora que en la isla no queda apenas nada inexplorado, continuar maravillándose de la unidad de su geología y de la riqueza de sus historias es la manera más eficaz de no abandonar Islandia en las garras homogeneizantes del *mainstream*.

Arnór, el marinero que conocí durante mi primer viaje a las islas Vestmann, se consideraba a su manera el custodio de ese patrimonio. Me dijo que sabía una anécdota distinta de cada uno de los picos de roca y de los montones de lava que salpican los altiplanos. Se trata de hechos pequeños, historias, pero casi nunca Historia: las más de las veces los volcanes están de trasfondo mientras la vida pasa, el grueso de las preguntas tiende a resolverse en el espacio de tiempo entre una erupción y otra.¹³

Más que en los grandes acontecimientos aislados, el impacto de los volcanes en la cultura y en el estilo de vida de los islandeses ahora

¹² Protonovelas con héroes y dioses, las sagas islandesas —puestas por escrito sobre todo entre los siglos XIII y XIV— transmiten el sueño iniciático de los exiliados noruegos, que tratan de revivir en una tierra lejana los fundamentos del paganismo que su tierra madre estaba inexorablemente abandonando.

¹³ En la literatura medieval islandesa, por ejemplo, hay poquísimas referencias directas a las erupciones volcánicas. Los estudiosos dan dos posibles explicaciones: los autores paganos podrían haber evitado voluntariamente el constructo de significados diabólicos con el que los volcanes habían sido caracterizados en el imaginario cristiano; en segundo lugar, en las sagas las catástrofes naturales se consideran por lo general «simples» consecuencias de las acciones de los hombres, a menudo de magos y brujas. Es un objetivo puramente narrativo el que los induce a verificarse. Del papel de los volcanes en el folclore islandés ha escrito detalladamente Oren Falk en el artículo «The Vanishing Volcanoes: Fragments of Fourteenth-Century Icelandic Folklore» (*Folklore*, n.º 118, abril de 2007, pp. 1-22).

se busca en la costumbre; en la constancia con la que la tierra toma la palabra en el curso de las conversaciones con los individuos que la habitan.

Así es Islandia: un intento de convivencia forzosa. Los hombres no tienen intención de irse; los volcanes, que llevan en la isla muchísimo más tiempo, no se abstienen en ningún momento de reivindicar su legítima pertenencia. Además: la certeza de su perpetua amenaza es a su manera reconfortante; excede el miedo a los resultados, y ha acabado por convertir los volcanes islandeses en *necesarios*.

Cuando, en 1971, Dinamarca devolvió a Islandia los códices literarios vikingos que contenían la profecía que describe el fin del mundo de los paganos en forma de una gigantesca erupción, el barco que llevaba los manuscritos a Reikiavik fue escoltado por una flota armada. Su llegada al puerto de la capital fue el primer evento en exteriores que retransmitió la televisión islandesa.¹⁴



No creo que Leopardi conociera muchos Arnór en su vida. En efecto, aquello de su «pobre islandés» en fuga por la naturaleza es todo menos un retrato antropológicamente fiel.

Los islandeses no han escapado nunca de la primordialidad de su territorio. Los primeros que se alejaron de los volcanes, aproximadamente un siglo después de la colonización, estaban esencialmente movidos por el anhelo de explorar nuevos continentes. Los jóvenes que hoy sienten necesidad de dejar la isla y vivir experiencias en el mundo cuentan que sienten muy pronto el impulso de volverse a los confines del Atlántico.

Si esta recopilación de historias tiene otro significado aparte del gusto de contar en sí mismo, es el de tratar de dar forma con las palabras a esa vitalidad que impregna el aire islandés, casi tanto como el azufre, y que reclama y contagia. Los volcanes destruyen, es cierto,¹⁵ pero también construyen. Producen plata, diamantes, todos los metales indispensables para la alta tecnología. Y la vida en

¹⁴ El *Codex Regius dell'Edda Poetica* es un manuscrito del siglo XIII que se regaló al rey Federico III de Dinamarca en 1651. El primer poema del *Edda* es la «profecía de la vidente» (*Völuspá*), que empieza con la historia de la creación y termina con el Ragnarök, el crepúsculo de los dioses. Se habla de ella más extensamente en el capítulo del volcán *Heiðarsporðar*.

¹⁵ Se estima que en los últimos 400 años unas 260.000 personas han muerto a consecuencia directa de la erupción de un volcán.

nuestro planeta, ese silbido mientras las estrellas explotan, no habría sido posible sin la acción milenaria de los volcanes; sin el agua que han creado, la atmósfera que han tejido.¹⁶

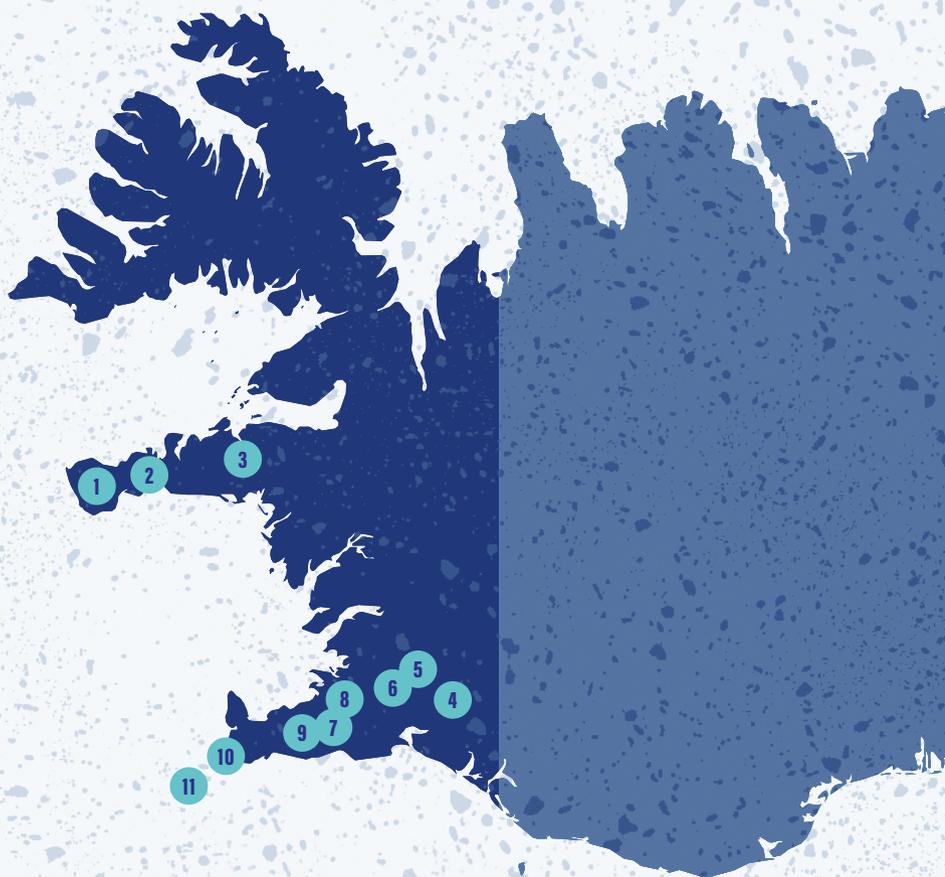
En Islandia, donde el universo se crea cada día, los volcanes son los señores de una guerra imprescindible, combatida encima y bajo la tierra habitada por el pueblo más pacífico del mundo.¹⁷ En la isla de Heimaey, antes de ocuparse en sus asuntos, Arnór se despidió con el saludo que habitualmente usa su pueblo: «Vertu sæll», me dijo. «Que consigas ser feliz».

¹⁶ El vulcanismo terrestre recicla continuamente elementos como agua, azufre, anhídrido de carbono, intercambiándolos entre océanos, tierra y atmósfera. Es un ciclo muy antiguo, que empezó probablemente a partir de un escape de gas del interior del planeta. Las condiciones excepcionales que hacen la tierra habitable provienen del hecho de que el calor interno del planeta no sea tan elevado como para causar continuas erupciones volcánicas o como para evaporar los océanos, pero sí sea suficiente para garantizar la persistencia de este ciclo.

¹⁷ Islandia figura, ininterrumpidamente desde 2011, en el primer lugar de la lista del Índice de la Paz Global. (Un puesto muy distinto ocuparía si el índice se hubiera hecho en tiempos de las sagas...).

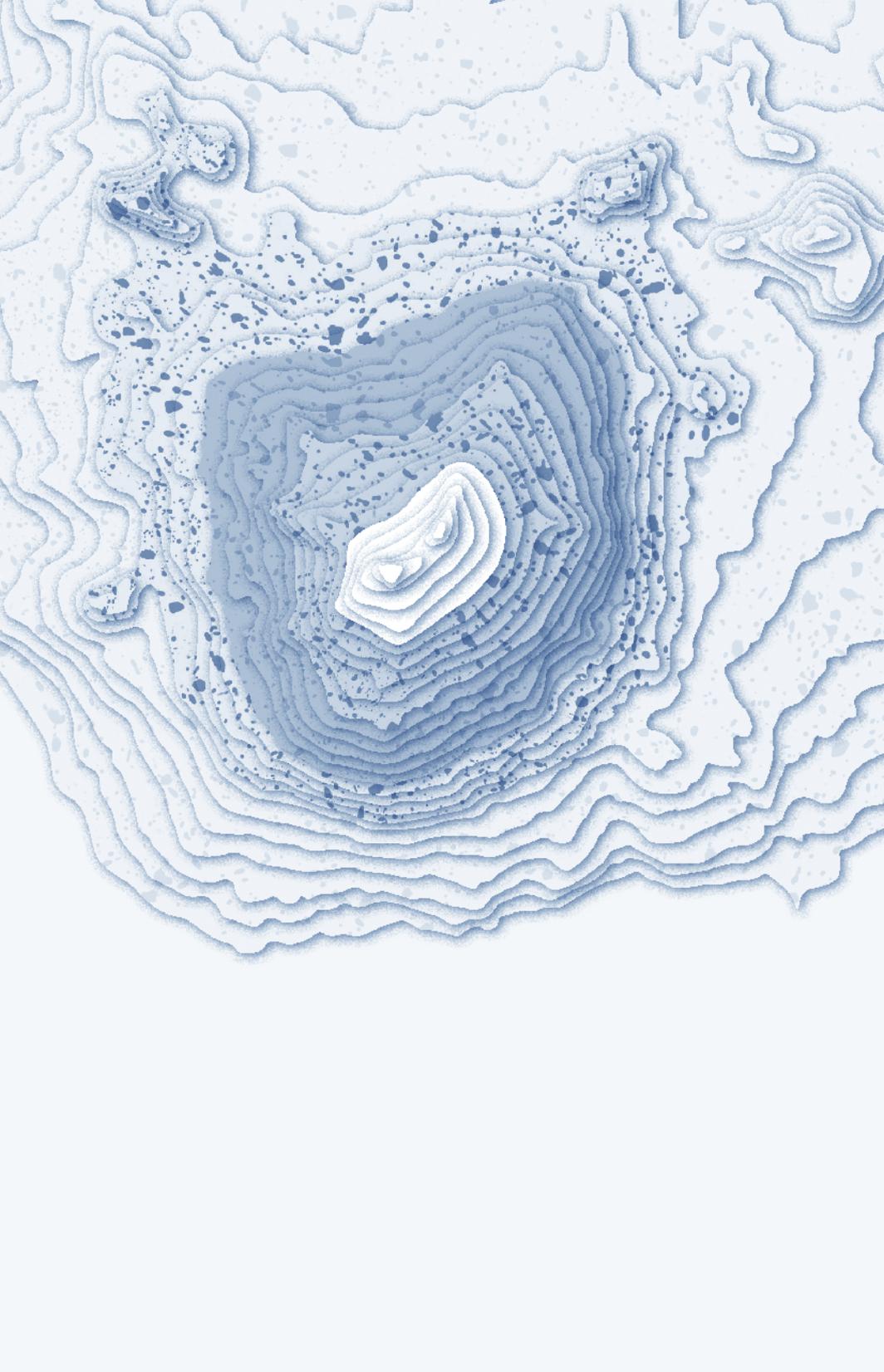


ISLANDIA OCCIDENTAL





- 1 **SNÆFELLSJÖKULL**
- 2 **HELGRINDUR**
- 3 **LJÓSUFGJÖLL**
- 4 **GRÍMSNES**
- 5 **HRÓMUNDARTINDUR**
- 6 **HENGILL**
- 7 **BRENNISTEINSFJÖLL**
- 8 **ÞRÍHNÚKAGÍGUR**
- 9 **KRÝSUVÍK**
- 10 **REYKJANES**
- 11 **ELDEY**



1.

Snæfellsjökull



SIGNIFICADO DEL NOMBRE:

Glaciar de la montaña de nieve.

ALTITUD:

1.446 m sobre el nivel del mar.

ÚLTIMA ERUPCIÓN:

~200 d. C.

TIPO DE ERUPCIÓN DOMINANTE:

Explosiva-efusiva.

ACTIVIDAD ACTUAL:

Sísmica menor.

POSIBLE IMPACTO DE UNA ERUPCIÓN:

Medio-alto.

RIESGOS DERIVADOS DE UNA ERUPCIÓN:

Coladas de lava (hacia carreteras y áreas agrícolas); cenizas volcánicas (hacia rutas aéreas y núcleos de población); flujos piroclásticos; tsunami; inundaciones.

CARACTERÍSTICAS PARTICULARES:

Durante siglos se ha considerado erróneamente el monte más alto de Islandia. A veces es visible desde Reikiavik, que se encuentra 120 km al sur. En 2012, por primera vez en la historia, su cima se pudo ver sin hielo.

ESCALA:

1:25.000.

«Desciende el cráter del Snæfellsjökull, que la sombra del Scartaris acaricia antes de las calendas de julio, audaz viajero, y llegarás al centro de la Tierra».

Jules Verne, *Viaje al centro de la Tierra*

SNÆFELLSJÖKULL

— o el volcán que esconde los secretos del universo

No hay nadie en dirección a Hellnar. Una hora de camino con la absoluta tranquilidad de ser el único que pisa el estrecho sendero con vistas a los arcos de roca. A la derecha, más allá de una cortina de concreción de lava, una hilera de montañas afiladas como la aleta de un enorme tiburón dormido; a la izquierda, el precipicio, con quitamiedos solo en algún tramo. Las casas de turba de Arnarstapi, depositadas en la ladera como si acabaran de caer rodando por ella, se pierden entre el musgo un par de minutos después de haberlas pasado. Aquí fue donde el profesor Lidenbrock, su sobrino Axel y el ingenioso Bjelke pernoctaron por última vez antes de que Jules Verne los empujase hacia las entrañas del mundo: el cráter del volcán más literario de Islandia, venerado portal hacia un reino de insectos gigantes y mamuts, espera al viajero al final de un brazo de tierra escabrosa.

En Islandia no es raro experimentar la ausencia, pero en las regiones como la península de Snæfellsnes es la norma. Snæfellsnes es un aguijón de escollos aferrado a unas playas precarias. Fragmentos de farallones sujetan con sus garras toda una serie de cráteres solitarios y aldeas abandonadas, infatigables olas azotan los faros.

La vigilancia de todo está a cargo del Snæfell, que es un volcán y también un glaciar, y por eso los islandeses han añadido al nombre de Snæfell, que significa «montaña de nieve», la palabra *jökull*, que significa «glaciar». El «glaciar de la montaña de nieve» aparece al fondo de toda foto tomada en la península o de toda pintura que la represente, y siempre con ese aire solemne, aparentemente protector. Sin embargo, el Snæfellsjökull de protector tiene muy poco.

En el otoño de 1993 dos ingleses predijeron que una flota de ovnis aterrizaría en el glaciar. Ese 5 de noviembre, además, quinientos entusiastas se dieron cita en las laderas septentrionales, preguntándose